

VIAJANDO POR LA METAPRACTICA

ROB SCHOLTE. GALERIA LEYENDECKER (SANTA CRUZ DE TENERIFE). SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1991.

Estoy segura que, de las muchas virtudes que se podrían aplicar a Rob Scholte, la más evidente sea su sentido de acercarse al lienzo, papel, cartón, lámina plástica u otro soporte con ánimo de efervescencia e inquietud. Excitación por la imagen, por la línea que se va explorando a sí misma o por el simple hecho de que es necesario sensibilizar un corazón vacío. Su última exposición de la Galería Leyendecker nos ilustra que incluso con instrumentos elementales como el crayón, rotulador o rotring se encuentran continuamente diminutas secuencias que vienen a sintetizar su peculiar mirada. Digamos que únicamente depende de la imagen, pero con dos aspectos bien definidos. En primer lugar, un sentido compositivo que le viene dado por la espontaneidad y, en segundo término, una clara concepción de que estas representaciones gráficas se deben adherir afectivamente a nuestra mente/conocimiento. Es más, lo particularmente perpetuado es su metáfora de la pintura como un impulso que sirve para persuadirnos de que es necesario referirse a nuestros ojos con el fin de descubrir en qué consiste la «realidad» artística.

Convencidos como están los críticos contemporáneos de que el argumento de un artista es siempre buscar y encontrar, averiguar a través de la práctica artística que la ruta a seguir es determinar cuestiones que al mismo tiempo se contestan, no es extraño entonces que Rob Scholte nos estimule precisamente por alinearse bajo estas coordenadas básicas. En anteriores exposiciones este artista participaba más bien de una estética que se debatía entre el pop y el expresionismo, pero siempre presidida por el acrílico. Sin embargo, actualmente su obsesión es traducir aquellos aspectos primarios de la pintura, es decir, el proceso

de composición y la problematización del vocabulario elegido para representar. Richard Rorty nos propone que es «el vocabulario de la práctica más que el de la teoría... en el que uno puede decir algo útil acerca de la verdad.» Es por ello por lo que pienso que sería apropiado aplicarle a este tipo de pintura un término que acuñó Mailloux, «metapráctica», es decir, práctica sobre práctica, donde lo único específico es actividad y valores subyacentes.

Este pintor trabaja sobre el hecho pictórico estableciendo premisas o intuiciones. Y todo esto lo lleva a cabo contándonos una serie de historias que proporcionan constantes alternativas a lo que se considera absoluto, va implicando nuevas formas que provocan la inconsistencia de aquello que le atribuíamos. Es aquí donde Scholte hace significar una línea o una mancha, para que reconozcamos que la estrategia empleada es el espejo en que nos reflejamos. Pero la pregunta sigue permanente: ¿por qué eternizar una metáfora y no otorgarle nuestra confortable y útil interpretación? Asumiendo que respondamos, nuestra solución al problema será «ver», tener confianza en nuestra percepción y visualización de lo que se ha mostrado en ese artefacto complejo que es el cuadro. Podemos ilustrar esta idea con suficientes ejemplos extraídos de esta exposición. Sus cuadros donde aparecen el esquimal que ve arder su iglú o el de los dos vaqueros que parecen cabalgar por el amarillento pasto de Arizona, están determinados por un laberinto que separa a todos los personajes de su aparente objetivo. Las manchas y líneas que los conforman reinciden en su rechazo a la estandarización y la asunción consciente de que también los propios materiales empleados generan informaciones particulares. Lo mismo ocurre con esa foto de color sepia donde aparecen dos bailarinas de ballet clásico y que está pegada sobre un pentagrama; o también con las seis fotografías aéreas que nos ofrece con diversas nominaciones claves, nombres de la transición histórica del mundo, donde dictadores, víctimas o artistas parecen haber sido mediatizados por una atmósfera de espionaje más que hacedores de su propio destino. Vuelvo a enfatizar que en casi todos ellos está muy presente la combinación de diversas técnicas pictóricas pero también es

evidente la tendencia a plasmar sueños, símbolos alegóricos, recuerdos o experiencias muy específicas en un formato reducido que paradójicamente proporcionan una información multiplicadora. Tratar de atrapar toda la naturaleza de estas imágenes reflejaría la imposibilidad de nuestra tarea, pero aceptar su ambigüedad e intentar definir esta odisea, a veces agresiva, otras envuelta en un halo de ausencias y presencias, de paradojas, contrastes, subjetividades y valores formales objetivos, sería un modo de acceder a la descodificación individual de qué es lo crucial, para seguir argumentando lo que decía al principio: desde nuestros ojos a la «realidad» artística.

El único cuadro de gran formato es un acrílico que representó a Holanda en la última Bienal de Venecia y donde Rob Scholte expresa su particular romanticismo acerca de esta ciudad a través de sus típicas farolas, su arquitectura desvanecedora y sus silenciosas góndolas. En contraste con el resto de la exposición que está muy cercana a la recreación de imágenes esporádicas y subliminales, aquí nos ofrece un detenimiento visual muy figurativo donde los colores rosas y negro presiden la composición. Si Ruskin en su *Stones of Venice* nos familiariza con la belleza y detalles de esta ciudad adriática, con lugares como la Porta della Carta, la Scala d'Oro y con todo aquello que tocaron Bassano, Tintoretto, Veronese o Giovane, Scholte prefiere sintetizar el ambiente de sus diversos «palazzi» y estructura las propiedades que distinguen a esta ciudad a través de la atmósfera que otorgan esos dos colores y la «expresión» de la imagen que otorgan las manchas acrílicas. El resultado final funciona como una glorificación de esos «servicios solemnes» que esta ciudad ha aportado a la cultura del hombre.

Rob Scholte puede convertir lo heurístico, por su trascendencia natural y modernizadora, en un material donde «todo» se llega a ensamblar para inducir cambios necesarios. Sospecho que se nos ha presentado sin muchas pretensiones para ofrecerse como traductor de lo que parece insuperable. Seguramente existen otras vías para sugerirlo, mostrarlo o simplemente compararlo, pero de lo que no cabe duda es que ha triunfado por sernos definitivamente familiar. Δ

MERCEDES MACHADO